

DESMOND DOSS

OBJETOR DE CONCIENCIA

La historia de un héroe inesperado

FRANCES M. DOSS



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

Gral. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

DESMOND DOSS. Objeto de conciencia
Frances Doss

Título del original: *DESMOND DOSS. Conscientious Objector*. Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A., 2005.

Dirección: Gabriela S. Pepe
Traducción: Rolando A. Itin
Diseño del interior: Romina Genski
Diseño de tapa: Carlos Schefer
Ilustración del interior: Archivos ACES
Ilustración de tapa: Pacific Press

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición
MMXVI – 4,5M

Es propiedad. © 2005 Pacific Press Publishing Association.
© 2016 ACES.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-478-5

Doss, Frances
Desmond Doss. Objeto de conciencia / Frances Doss / Dirigido por Gabriela S. Pepe. – 1ª ed. – Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2016.
183 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Rolando A. Itin.

ISBN 978-987-701-478-5

1. Biografía. I. Pepe, Gabriela S., dir. II. Itin, Rolando A., trad. III. Título.
CDD 920

Se terminó de imprimir el 14 de abril de 2016 en talleres propios (Gral. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

DEDICATORIA

*Por cuanto la madre de Desmond
significó tanto para él,
deseo dedicar este libro
a la memoria de Bertha Doss.*

*Y por cuanto mi propia madre
siempre significó mucho para mí,
también deseo dedicar este libro
a la memoria de Gertrude Sherman.*

Con aprecio,
Frances Doss



*El presidente de los Estados Unidos,
en nombre del Congreso,
tiene el placer de presentar
la Medalla de Honor a:*

DOSS, DESMOND T.

Rango y organización: Soldado de primera clase, Ejército de EE.UU., Destacamento Médico, 307º Infantería, 77ª División de Infantería. **Lugar y fecha:** Cerca de Urasoe Mura, Okinawa, Islas Ryukyu, 29 de abril a 21 de mayo de 1945. **Ingresó al servicio en:** Lynchburg, Va. **Nació:** Lynchburg, Va. **O.G. N.º** 97, 1º de noviembre de 1945.

Mención: El soldado Doss era un ayudante de compañía cuando el 1º Batallón asaltó un áspero acantilado de 120 metros de altura. Cuando nuestras tropas llegaron a la cumbre, una fuerte concentración de fuego de artillería, morteros y ametralladoras los atacó, lo que generó unas 75 bajas e hizo retroceder a los demás. El soldado Doss rehusó buscar cobertura, y permaneció en el área barrida por el fuego con los muchos heridos, llevándolos uno por uno al borde del acantilado y bajándolos allí con camillas sostenidas por sogas por el acantilado a manos amigas. El 2 de mayo, se expuso al nutrido fuego de rifles y morteros, y rescató a un hombre herido a 180 metros por delante de las líneas del mismo acantilado; y dos días más tarde, trató a cuatro hombres que habían quedado asilados mientras asaltaban una cueva fuertemente defendida, avanzando en medio de una lluvia de granadas hasta dentro de 6,5 metros de las fuerzas enemigas en la boca de la cueva, donde vendó las heridas de sus camaradas antes de hacer cuatro viajes separados bajo el fuego, para evacuarlos a un lugar seguro. El 5 de mayo, sin vacilar, afrontó el fuego enemigo de armas pequeñas para ayudar a un oficial de arti-

lleva. Aplicó vendajes, llevó a su paciente a un lugar que ofrecía protección de las pequeñas armas de fuego, y mientras los proyectiles de artillería y de morteros caían cerca de ellos, le administró plasma. Más tarde el mismo día, cuando un estadounidense fue gravemente herido por fuego desde una caverna, el soldado Doss se arrastró hasta donde él había caído, a 7,5 metros de la posición enemiga, prestó ayuda y lo llevó 80 metros a un lugar seguro, mientras estaba continuamente expuesto al fuego enemigo. El 21 de mayo, en un ataque nocturno sobre terreno elevado cerca de Shuri, permaneció en territorio expuesto mientras el resto de su compañía se refugió, arriesgándose sin temor a la posibilidad de que lo tomaran por un japonés infiltrado, y ayudando a los heridos hasta que él mismo fue seriamente herido en las piernas por la explosión de una granada. En vez de llamar a otro auxiliar por ayuda en su refugio, atendió sus propias heridas y esperó 5 horas antes de que los camilleros lo alcanzaran y comenzaran a llevarlo a lugar seguro. El trío fue sorprendido por un ataque de tanques, y el soldado Doss, viendo a hombres heridos más graves que él, se bajó de la camilla y ordenó a los camilleros que atendieran primero a los otros hombres. Esperando el regreso de los camilleros, fue herido nuevamente, y esta vez sufrió una fractura compuesta de un brazo. Con magnífica fortaleza, se ató un fusil para inmovilizar su brazo y se arrastró 250 metros sobre terreno abrupto hasta el puesto sanitario. Por medio de su notable valentía y decisión intrépida frente a condiciones desesperadamente peligrosas, el soldado Doss salvó la vida de muchos soldados. Su nombre llegó a ser un símbolo en toda la 77ª División de Infantería, por su notable valor por encima y más allá del llamado del deber.

12 de octubre de 1945.

LA CASA BLANCA.

Por Harry Truman.

COSAS FAVORITAS DE DESMOND

Texto bíblico:

“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas” (Prov. 3:5, 6).

Saludo:

“Dios te bendiga”.

Dichos:

“Lo que no vale la pena hacer bien, no vale la pena hacerlo”.

“No es tanto lo que sabes, sino lo que haces con lo que sabes”.



PREFACIO

Apreciado lector:

La razón por la que pedí a Frances, mi fiel esposa, que escribiera este libro es que ella, más que ninguna otra persona, conoce las experiencias que Dios me dio y sabe mi deseo de mantenerme estrictamente fiel a los datos, hasta donde sea posible.

Mi principal interés es animarlos, queridos lectores, a elegir dedicar sus vidas al Señor, y a estar listos para encontrarse con él en su pronto regreso.

Dios escribió los Diez Mandamientos sobre tablas de piedra con su propio dedo. Dijo que su Ley era perfecta y que no se debía añadir ni sacar nada de ella. Hemos de ser juzgados por esta Ley de libertad, de modo que el aceptarla o rechazarla es cuestión de vida o muerte.

Frances y yo hemos dedicado nuestras vidas a Cristo, y le hemos dado el primer lugar en nuestros corazones. Como resultado, él nos ha dado un amor más grande el uno por el otro del que alguna vez pensamos que fuera posible, y nunca hemos sido más felices.

Sinceramente, su hermano en Cristo,

Desmond T. Doss, CMH.

CONTENIDO

1. Recuerdos - I	10
2. Recuerdos - II.....	20
3. Recuerdos - III	27
4. Recuerdos - IV.....	32
5. Recuerdos - V	40
6. ¡Guerra!.....	46
7. Dorothy	50
8. "Ahora estás en el Ejército"	59
9. Entrenamiento básico	65
10. Campanas de bodas.....	72
11. Fort Jackson y puntos al oeste	80
12. Puntos al este otra vez, y al combate.....	91
13. Guam y Leyte	100
14. Okinawa.....	111
15. Otra vez en casa	123
16. Camp Doss.....	131
17. Sordera e implante coclear.....	138
18. Tragedia.....	147
19. Felicidad otra vez	151
20. Otra vez en Okinawa.....	161
21. Cáncer	167



CAPÍTULO 1

RECUERDOS — I

El soldado solitario estaba apoyado en la barandilla del transporte naval, mirando el océano. Una luna hermosa colgaba del cielo occidental, y su estela brillaba sobre el agua. El soldado estaba en un barco que llevaba tropas y había salido de Hawaii, donde la 77ª División de Infantería del Ejército de los Estados Unidos había estado en adiestramiento en la selva. Transcurría la Segunda Guerra Mundial; los soldados sabían que estaban en el Océano Pacífico, navegando hacia el oeste; sin embargo, para ellos, su destino era secreto.

Algunos otros soldados deambulaban por la cubierta, que estaba oscurecida para evitar que cualquier luz permitiera que los detectaran barcos enemigos y enviaran explosivos en dirección a ellos. Sin embargo, a Desmond le parecía que era el único en la cubierta y se sentía solitario. Sus pensamientos volvieron al hogar y sus amados: sus padres, su hermano y su hermana; y Dorothy, su bella esposa de hacía dos años. La echaba de menos, y recordaba sus últimos momentos con ella antes de que zarparan. ¿Cuándo volvería a verla? ¿La vería otra vez? El pensamiento era tan doloroso, que trató de dirigir su mente en otra dirección.



“Este es un cuadro hermoso. ¿Quién hace una oferta?” preguntaba el rematador al tomar otro cuadro de la pila. “¿Qué

me ofrecen?” repitió. “Diez centavos. Tengo diez centavos. ¿Quién ofrece veinte? Muy bien, señor Brown. Gracias. Tengo veinte centavos. ¿Alguien da cincuenta? Vale mucho más. Es un cuadro hermoso. Cincuenta centavos. ¿Quién da 75?” El rematador miró a su alrededor. “Allí tengo 75. ¿Quién da ochenta?” Esperó unos segundos y gritó: “75, 75, 75. ¿Alguien da ochenta? ¿No? Se va, se va... Se fue a 75 centavos a ese hombre de allí”.

–Oh, señor Doss. Consiguió una ganga, señor Doss.

El señor Thomas Doss tomó el cuadro en sus manos, lo miró y se preguntó por qué había hecho una oferta por una ilustración del Padrenuestro y de los Diez Mandamientos. Tenía que admitir que era un cuadro hermoso, pero ¿para qué lo quería?

BUENO..., murmuró para sí, *Bertha probablemente querrá colgarlo en la sala.*

Él había ido a la casa de remates para encontrar algún mueble y otros elementos para su hogar. No hacía mucho que Thomas y Bertha estaban casados, y estaban tratando de amueblar su casita sin gastar mucho dinero.

Por supuesto, esto había ocurrido muchos años antes de que Desmond Doss hubiera nacido, pero había escuchado el relato del incidente muchas veces. Además, hasta ese momento, ese cuadro todavía estaba colgado en la pared de la sala de la casita en la Avenida Easley. Desde que era un muchachito, Desmond miró el cuadro muchas veces. En realidad, mamá Doss a veces deseaba que él no estuviera tan interesado en el cuadro; no porque ella no quisiera que lo mirara, sino porque él siempre arrastraba una silla desde la cocina hasta la sala y se paraba sobre ella para poder ver mejor el cuadro.

Una vez, la mamá le dijo:

–Desmond, por favor, lleva la silla a la cocina. Te digo que esa silla se está gastando, de tanto tiempo que estás parado encima.

Sin embargo, Desmond se daba cuenta de que ella no estaba enojada con él.

Parado sobre cubierta, en medio del Océano Pacífico, y pensando en su vida desde la niñez, se dio cuenta, una vez más, de cuánto había influido en él ese cuadro. El sexto Mandamien-

to: “No matarás”, estaba ilustrado con un cuadro de Caín con un garrote en la mano, parado sobre el cuerpo muerto de su hermano Abel, después de haberlo matado. Desmond se había preguntado muchas veces cómo puede un hermano hacer tal cosa. Le causaba mucho horror matar a cualquier ser vivo; y estaba seguro de que había sido el cuadro lo que lo había hecho decidir ser un soldado paramédico, a fin de salvar vidas, en lugar de quitarlas. Podía imaginarse a Jesús, que le decía: “Desmond, si tú me amas, no matarás, sino salvarás vidas, como si yo estuviera en tu lugar. Sigue mi ejemplo”.



Sus pensamientos siguieron vagando. Su querida mamá siempre llevaba a sus tres hijos a la Escuela Sabática y al culto de adoración. Primero, empujó el cochecito de Audrey; más tarde, mientras Audrey caminaba junto a su madre, Desmond ocupó el cochecito. Luego, Harold iba en el cochecito, mientras los dos niños mayores saltaban alegremente junto a su madre.

–¡Desmond, Harold! ¡Es tiempo de estudiar la lección de la Escuela Sabática!

Audrey ya tenía su pequeña Biblia, lista para abrirla, y los muchachos pronto se unían a ella y a su madre. Esto llegó a ser un hábito para ellos. Desmond recordó que, cuando fue enrolado en el Ejército, acababa de recibir su cinta de honor de ocho años por haber asistido a la Escuela Sabática cada semana, llegar a tiempo y haber estudiado la lección siete veces: una vez cada día durante la semana.

Otro recuerdo era haber asistido a la pequeña escuela de iglesia que estaba detrás de la iglesia, en la Avenida Park. Cada alumno de la escuela actuaba como conserje. La maestra asignaba a cada uno algunas tareas de limpieza, turnando las asignaciones de tiempo en tiempo para que los niños no se aburrieran. Desmond recordaba bien una tarea que se le había asignado: limpiar el pizarrón y sacudir los borradores.

Ahora, ese pizarrón está bien, pensó para sí mismo. Llevo los borradores y los sacudo, y entonces puedo irme a casa. Entonces, se le ocurrió una idea. Conocía suficiente acerca de los borradores

como para saber que si los restregaba uno con el otro parecerían limpios, y no lo harían toser con ese polvo que se pegaba en la garganta. Además, le llevaría menos tiempo. Así que, Desmond restregó los borradores, los llevó de nuevo adentro y los puso en su lugar. Parecían limpios, pero estaban llenos de polvo de tiza.

La sabia maestra, Nell Ketterman, se acercó al pizarrón justo cuando Desmond dejaba los borradores. Ella tomó dos de ellos y los golpeó juntos. Ustedes saben lo que pasó: ¡el polvo VOLÓ! Entonces, dijo algo que Desmond nunca olvidó: “Desmond, lo que no vale la pena hacer bien, no vale la pena hacerlo”.

Desmond salió y limpió los borradores, esta vez adecuadamente. Sin embargo, lo que ella le había dicho le quedó grabado para toda la vida. Muchas veces, esa frase volvió a su memoria mientras crecía y después, cuando estaba en el Ejército. Y muchas veces decidió hacer el trabajo bien la primera vez.

Poco después de eso, Nell Ketterman se fue a China como misionera. A medida que Desmond crecía, pensó que le gustaría ser misionero en algún lugar remoto, así como su maestra favorita. Y en ese momento, en el barco lleno de soldados, no se dio cuenta de que tenía la oportunidad de ser un misionero en las islas a las que se dirigía –con gastos pagados por “el Tío Sam”– porque, a veces, atendería a los isleños así como a los soldados.



Su pensamiento esa noche fue el modo en que Dios lo había cuidado. Desmond parecía propenso a tener accidentes y, a veces, su madre se preguntaba cómo había logrado “sobrevivir” durante su infancia. A decir verdad, desde el ventajoso punto de vista de sus 25 años, él también se hacía a veces la misma pregunta.

–Desmond, necesito algo de leche; si no, no tendremos para el desayuno –dijo mamá Doss, un día–. Corre hasta la casa de la tía Ella y trae un litro, por favor.

La tía Ella tenía una huerta y una vaca; y muy generosamente compartía sus productos y la leche con sus familiares durante la época de la Depresión. Por eso, Desmond tenía que ir a la casa de la tía Ella por leche.

Él podía recordar la conversación que generalmente mantenía con su tía.

-¿Un litro será suficiente, Desmond? -preguntaba ella.

-Eso es lo que me pidió mamá que llevara -respondía él.

-Muy bien.

Y la tía Ella volcaba la leche en la botella de litro que Desmond había traído (en ese entonces, la leche venía en botellas de vidrio).

-Gracias, tía Ella -decía Desmond-. Y ya estaba en camino, después de prometer que saludaría a su madre en nombre de la tía Ella.

Sin embargo, ese día en particular, Desmond nunca llegó hasta la casa de la tía. Por el camino, debía cruzar una calle empedrada, que era mejor que una calle de barro, pero muy despareja. Se tropezó con una de las piedras y se cayó. Él no quería que la botella que llevaba se rompiera, de modo que trató de mantenerla en alto mientras caía. No funcionó. ¡La botella se rompió!

Los vecinos oyeron un grito, y salieron para ver quién se había lastimado. Entonces, alguien corrió para contárselo a su madre. La mamá salió corriendo y encontró a Desmond tirado en la calle.

-Desmond, querido, ¿qué te has hecho?

Le llevó solo un segundo notar que su mano izquierda tenía una herida muy fea. Ella volvió corriendo a la casa y regresó con una toalla para envolver la mano. Uno de los vecinos se ofreció a usar su automóvil para llevar a Desmond al hospital de Lynchburg, a lo que hoy llamaríamos la sala de emergencias.

El médico trabajó intensamente en los cortes en la mano y le hizo algunos puntos.

-Señora Doss, hice lo mejor que pude, pero me temo que su muchacho nunca podrá usar su mano otra vez. Con ese tendón y los músculos cortados... -el médico no terminó la oración.

Así que, Desmond fue llevado a casa, con esa terrible predicción pendiendo sobre su cabeza, y también sobre la cabeza de su amante, pero triste, madre. Ella no podía soportar no hacer nada, así que, tan pronto como la mano de Desmond comenzó a sanar y ya no dolía demasiado al tocarla, ella comenzó a trabajar con sus dedos, hacia arriba y hacia abajo, estirándolos cuanto podía.

-¡Ouch, mamá, eso duele!

–Sí, hijo, lo sé. Pero queremos darle a esa mano todas las posibilidades de sanar. A ver si puedes mover esos dedos tú mismo, cuando no estoy por aquí para hacértelo. Y, Desmond, oremos para que Dios sane tu mano, ¿no te parece?

Ella ya había estado orado sobre el tema, pero ahora lo hacían ambos, y aún más fervientemente.

–Mamá, ven, quiero mostrarte algo –llamó Desmond mientras su madre entraba por la puerta unos días más tarde, al volver de su trabajo en la fábrica de zapatos.

–Sí, Desmond, ¿qué quieres?

Cuando la madre llegó adonde él estaba, él levantó su mano izquierda... ¡y movió un poco su dedo índice!

–¡Desmond, es maravilloso! ¡Puedes mover el dedo! –exclamó la madre. No había dudas de lo contenta y feliz que estaba por lo que sucedía-. Oremos ahora mismo, para agradecer a Dios por ayudarte con tu mano.

Desmond inclinó su cabeza, mientras la madre agradecía a Dios por esa bendición maravillosa. Con el tiempo, su mano se sanó, y aunque no se veía tan bien como la derecha podía usarla, y estaba contento.



Mientras estaba parado sobre cubierta esa noche, Desmond recordó otra experiencia en la que Dios lo había bendecido de una manera muy especial.

Estaba jugando en la calle con los niños del vecindario, y corrían de aquí para allá sobre un muro de piedra. Desmond se resbaló y, al caer, se peló una rodilla. ¡Cómo dolía!

–Me voy a casa –dijo a los otros.

Oh, duele, se dijo a sí mismo cuando miró su rodilla esa noche. Sin embargo, no contó nada, porque estaba seguro de que se sanaría y él no quería que su madre se preocupara por tan poca cosa como una rodilla raspada. Trató de no cojear y consiguió ocultar el dolor a su familia... por un par de días. La tercera mañana, no podía salir de la cama.

La mamá tenía que ir a trabajar a la fábrica de zapatos y siempre salía temprano. Una señora vecina, a la que los niños llama-

ban tía Jenny, venía, los ayudaba a levantarse, les daba el desayuno y los enviaba a la escuela. Esa mañana, le dijo a Desmond que era tiempo de levantarse, pero unos minutos más tarde notó que todavía estaba en cama. Así que, fue a investigar.

Lo encontró quejándose y sosteniéndose la rodilla. Aun con su falta de experiencia médica, se dio cuenta, al mirarla, de que la rodilla estaba muy mal herida: estaba enrojecida y caliente, y unas líneas de color rojo fuerte muy feas sobresalían de la lastimadura, lo que indicaba envenenamiento de la sangre. Esta vecina llamó a la señora Doss a la fábrica de zapatos y le pidió que viniera a la casa, explicando un poco la situación de Desmond.

–Desmond, ¿por qué no me dijiste nada? –le preguntó la madre cuando vio la rodilla.

–Pensé que se sanaría y estaría bien; no quería preocuparte.

Mamá Doss pensó para sí que habría sido mejor haberse preocupado un par de días antes que esperar hasta ahora. Sin embargo, decidió no decírselo a Desmond en ese momento.

Por supuesto, vino el médico. Después de examinar la rodilla cuidadosamente, les dijo a los padres (el papá había llegado en ese momento):

–Lamento decirles esto, pero como ustedes ven, la rodilla está muy infectada y no veo otra solución que amputarle la pierna. El veneno de la infección está entrando en su cuerpo y podría matarlo.

¡Matarlo! ¡Qué pensamiento! Pero ¿cómo podrían permitir que el médico le cortara una de sus piernas? ¡No! ¡No! ¿Que Desmond fuera de aquí para allá en una sola pierna? Eso sería terrible. Pero ¿y si no lo hacían y Desmond moría? ¡Qué decisión terrible debían tomar!

–Doctor, ¿no hay alguna otra cosa que podamos hacer? –preguntó mamá Doss, desesperada.

El médico sugirió que podría ayudar si le aplicaba calor en la rodilla.

–Puede probar, señora Doss. No sé si realmente ayudará, pero no le va a hacer daño. Tendría que hacerlo por lo menos cada dos horas –respondió el médico mientras se iba–. Pruébelo, pero si no está algo mejor mañana, la pierna tendrá que desaparecer.

La mamá puso un gran recipiente con agua sobre la cocina y la mantuvo caliente. Luego, tomó una toalla grande, la mojó, la estrujó y la puso alrededor de la rodilla de Desmond, cubriéndola con una toalla gruesa, para mantener el calor. Cambiaba la toalla a menudo por otra caliente.

Por supuesto, mientras lo hacía, también oraba, pidiendo a Dios que bendijera sus esfuerzos y salvara la pierna de Desmond. Después de poner esas compresas calientes en la rodilla el resto de ese día y durante toda la noche, mamá Doss estaba exhausta; sin embargo, no se detuvo.

–Mamá, ya no duele tanto como antes –afirmó Desmond durante la noche.

Cuando la madre examinó cuidadosamente la rodilla otra vez, también sintió que no se veía tan mal. Las líneas rojas parecían estar desapareciendo. Con lágrimas de gratitud en sus ojos, ella agradeció al Señor y siguió orando... y cambiando las compresas calientes.

Cuando vino el médico a la mañana siguiente, examinó otra vez la rodilla.

–Señora Doss, realmente pienso que está ganando la batalla. Vamos a observar la rodilla muy cuidadosamente durante los próximos días, aunque parece estar mejor.

¡Qué palabras bienvenidas! Toda la familia se alegró; pero nadie más que Desmond.

Otro detalle acerca de esa experiencia fue que, después de estar en cama por un tiempo y de recibir todos esos tratamientos, y sabiendo que su pierna estaba mejor, un día decidió que quería levantarse, de modo que se sentó en el borde de la cama, bajó los pies, se puso de pie... y ¡se derrumbó en el suelo! Descubrió que tenía que recuperar las fuerzas, y casi aprender a caminar otra vez.



Mientras Desmond seguía junto a la barandilla del barco esa noche, estos pensamientos lo llevaron a recordar otra situación, aunque esta vez no giró alrededor de sí mismo.

Harold, el hermano menor de Desmond, estaba enfermo, muy

enfermo. Tenía fiebre, con una temperatura mayor a 39 °C, y sentía mucho dolor. La mamá había hecho todo lo que sabía para ayudarlo, pero no pareció hacer ningún efecto. Él estaba muy caliente y se quejaba de dolor. Cuando vino el médico, tampoco supo qué más se podía hacer en favor de Harold.

–Señora Doss, me pregunto si sobrevivirá a la noche. Si lo hace, traeré a otro médico mañana por la mañana y le tomaremos una muestra de líquido raquídeo; quizá podamos definir cuál es el problema y ayudarlo de algún modo –las palabras del médico no fueron muy consoladoras.

–Desmond, yo creo que deberíamos orar en favor de Harold, ¿no te parece? –dijo la madre.

–Sí, mamá, creo que debemos orar. ¿Sanará Jesús a Harold? –respondió Desmond.

–No estoy segura, querido. Siempre tenemos que pedir que se haga la voluntad de Dios. Aunque esta no sea lo que deseamos, igual siempre podemos pedir –y así, madre e hijo se arrodillaron junto a la cama del enfermo y ella oró:

“Querido Padre celestial, tú sabes que Harold está muy enfermo y tú sabes que tiene mucho dolor. ¿Podrías, por favor, darle sanidad a su cuerpo, si eso está en armonía con tu voluntad? Pero, si ves que no sería lo mejor para él sanarlo... –su voz se quebró con un sollozo en ese instante–, entonces... pon fin a su vida, para que no tenga que sufrir tanto. Gracias, Señor. Amén”.

Al levantarse de sus rodillas, la madre y Desmond miraron a Harold. De repente se dieron cuenta de que no respiraba con tanta dificultad como antes. Les vino el pensamiento de que se estaba muriendo, pero ¡NO! Estaba respirando tranquilamente, y el color estaba volviendo a su pálido rostro. Pronto se durmió en un sueño tranquilo y se despertó a la mañana siguiente sintiéndose mucho mejor. ¿Cómo podría Desmond olvidar esa experiencia?

El médico fue esa mañana como había prometido, y se sorprendió mucho de ver a Harold tan bien. La madre se alegró de contarle al médico sobre su oración y cómo de inmediato Harold había comenzado a mejorar.

–Hijo –le dijo el médico a Harold–, el Señor salvó tu vida, y confío en que con un buen propósito.

RECUERDOS – I



Me estoy sintiendo cansado. Creo que entraré y cerraré mis ojos por un tiempito, pensó Desmond, y se dirigió a la cabina que le correspondía. Se echó en su litera, y pronto estuvo dormido.